

I.- INTRODUCCION

A mí, que era un simple egresado de Derecho cuando ingresé al Comité se me ha pedido hablar “en representación de los abogados”. Tú eres testigo, Boris Hau de que ese pedido me cohibió. Cómo iba a representar yo, un joven procurador de entonces, a Jorge Molina, que prácticamente me condujo de la mano al Comité cuando él llevaba varios consejos de guerra en el cuerpo? ¿Cómo representar a ese abogado esencial que fue Hernán Montealegre, quien pagó con cárcel y exilio su compromiso con los derechos humanos? Y también a nuestra querida Rosemarie Bornand, que llegaría a ser Jefa Jurídica de la Vicaría de la Solidaridad, o a Fernando Guzmán, que nos recibió en Santa Mónica como jefe del Departamento Penal. Y cómo ser portavoz de quienes ya no pueden remecernos como Pepe Zalaquet, con su palabra perspicaz, o Roberto Garretón y Marcos Duffau, transmitiéndonos día a día el paradójico entusiasmo de sostener la ética de los principios ante unos tribunales sumisos a la dictadura.

En estos días se ha escrito mucho sobre la historia del Comité, sobre su organización.

Quisiera tratar de rescatar lo que fue su *élan* vital (como lo llamaba Bergson), aquello que vive indeleble en nuestra memoria emocional.

II.- Este lugar donde nos encontramos, fue como la sala de parto del Comité, antes de desarrollar su corta vida en Santa Mónica 2338.

Fue aquí, donde el Cardenal Raúl puso a prueba de fuego su lema *La Caridad de Cristo nos Urge* e hizo posible salvar vidas, familias y dar testimonio de la verdad sobre lo que ocurría en Chile ante el mundo

En este lugar se fraguó la primera experiencia ecuménica de socorro humanitario y jurídico a víctimas de violaciones de derechos humanos en América Latina, una decisión del Cardenal que, sin duda, fue posible porque él captó la sensibilidad de los líderes de las demás iglesias cristianas y de la comunidad judía, pero también porque él, que fuera un actor importante del Concilio Vaticano Segundo, comprendió que la tragedia de Chile constituía, a la vez, providencialmente, la oportunidad de llevar a la práctica ese desafío pastoral del acontecimiento más importante de la Iglesia en el siglo XX, a partir del Decreto *Unitatis redintegratio*.

Fue aquí donde, don Fernando Ariztía y Helmut Frenz, y actuando como primer organizador nuestro querido Fernando Salas, comenzaron la tarea del Comité, atendiendo a trabajadores exonerados de la Administración Pública y de empresas intervenidas por el Estado.

Pero el contexto desde el que llegaban noticias era más inquietante, en verdad, un contexto de terror, pues se sabía de los cadáveres flotantes en el río Mapocho, de allanamientos y detenciones masivas en las poblaciones y de personas asiladas en embajadas. Poco a poco, en este lugar, comenzaron a sumarse las filas de familiares de detenidos cuyo paradero se desconocía y después se supo de la existencia de campos de prisioneros y de “consejos de guerra” constituidos por militares, que juzgaban a quienes consideraban enemigos del país.

III.- Ya en calle Santa Mónica, para nosotros, procuradores y abogados jóvenes del Comité, esa casa, a la vez que lugar de encuentro con el dolor de los familiares y del privilegio de poder hacer el disparo de nieve contra la dictadura, constituyó una experiencia única de trabajo colectivo, junto a las trabajadoras asistentes sociales, con quienes creamos un solo equipo de atención a las víctimas, que luego se replicó en organismos de derechos humanos y del Estado, en Chile y otros países.

No puedo olvidar, recordando a nuestro equipo de estridentes tecleadores de máquinas de escribir Olivetti (nos peleábamos las pocas máquinas eléctricas, no electrónicas) a Sergio Concha, que era sacerdote y abogado, y al Toño Cancino, hombre de paz que hacía honor a su apellido; a nuestras procuradoras Verónica Matus, Gloria Torres, Susana Gaete, Pati Pinto, a los demás procuradores, como Sergio Corbalán, Rolando Ramírez, Claudio Torres, Héctor Contreras,

Héctor (“Cototo”) Salazar, más allá a Gustavo Villalobos, que comenzaba la coordinación con las provincias, y finalmente a nuestro querido Álvaro Varela, el primer procurador del Comité, que era el soporte de la tramitación de los cientos de *habeas corpus* que los tribunales rechazaban sin piedad.

Por cierto, a este equipo, agitado por un solo corazón, pertenecían también, como me lo ha recordado Isabel Undurraga, los funcionarios administrativos y de las necesarias finanzas, donde tuvimos la suerte de contar con don Carlos Reyes, Isabel Araos, Francisco Vial, Pablo Ortiz, y la propia Isabel. Y no sería admisible omitir a las secretarias, depositarias de los secretos, no menos importantes, especialmente para mí, como que una de ellas (y perdonen la auto referencia), Pachi, ha sido mi compañera de toda la vida.

Con este gran equipo, que llegó a unos 180 trabajadores, si se incluye a quienes se incorporaban a las zonas de Santiago y a la atención de salud, se fue desarrollando un sistema de registro y procesamiento de la información que sería el germen de ese tesoro documental irrefutable sobre los detenidos desaparecidos, los lugares clandestinos de detención y las estructuras operativas de la represión, que legó la Vicaría de la Solidaridad al país y que constituyó base esencial de la verdad histórica producida por las Comisiones Rettig y Valech. No podemos olvidar a las personas que fueron pioneras de esta tarea: la hermana María de los Ángeles Marimón (“la Ma”) y nuestro querido Eugenio “Queno” Ahumada, entre varias otras.

Y se agrega la atención a los universitarios expulsados, a las organizaciones campesinas, y la Comisión de Solidaridad y Desarrollo que apoyaba proyectos de auto emprendimiento, donde conocimos a la hermana Blanca Rengifo, una religiosa y abogada muy valiente, que llegado el momento se enfrentó a los agentes de la CNI que pretendían ingresar a la casa, para “recuperar” al preso socialista que se les había escapado y recibido refugio en ella.

Tampoco debemos omitir el denominado departamento o área de reubicación, a cargo de otra religiosa, la “Mo”, (María del Carmen Parente) que asumió la delicada tarea de facilitar el asilo político y la salida del país de perseguidos, salvando muchas vidas.

Y no podemos olvidar a la señora Carmen, nuestra gran cocinera, en torno a la cual se desarrollaban los almuerzos de cada día en que íbamos cultivando la amistad fraterna, y también las onces con personajes que visitaban Santa Mónica, como nuestro Premio Nacional de Literatura, don Carlos Droguett.

Por último, como era de esperar, contábamos con religiosas y religiosos que ayudaban tanto a las acciones solidarias del Comité como a sus trabajadores, especialmente con acompañamiento y reuniones de oración. Destaco al cura Juan Zerón, a las hermanas Marie Denisse, María de los Ángeles Marimón (la “MA”), Blanca Rengifo, y los sacerdotes Michel Bourguignat, Patricio Cariola, Daniel Panchot, Juan Zerón, etc.

Si he olvidado a algún compañero o compañera, debido al paso de los cincuenta años, les pido su comprensión.

Este equipo de trabajo solidario, que llegó al extremo del ecumenismo, pues incluyó a no creyentes, respecto de los cuales, respondiendo a un escandalizado periodista, monseñor Carlos Camus dijo que ello “es lo lógico”, pues “nadie quería correr riesgos” y “el que se metía ahí era ir a las patas de los caballos”¹, ese equipo formó una comunidad cohesionada, la mayoría de cuyos integrantes teníamos menos de treinta años, en un esquema de escucha, acogida humana y compromiso con las víctimas, que era nuestro *lei motiv* y lo que nos unía por encima de nuestros diferentes credos religiosos o políticos. Claro que no es posible desconocer que el mensaje evangélico del amor al prójimo, inspirado por el Buen Samaritano y del que daban testimonio las religiosas y religiosos que nos rodeaban caló hondo, sin necesidad de prédicas, y fue acogido casi con veneración por nuestras hermanas y hermanos no creyentes, a quienes los cristianos retribuíamos con idéntico trato. Lo mismo ocurría con los miembros de otras iglesias cristianas y la comunidad judía. Este espíritu del Comité Pro-Paz se extendió a la Vicaría de la Solidaridad.

¹ Citado por Isabel Undurraga, en <https://elpensador.io/comite-pro-paz-la-memoria-con-m-minuscula/> 02.10.2023.

Para nosotros, el trabajo en el Comité Pro-Paz y luego en la Vicaría, ha sido la más hermosa experiencia de nuestras vidas, que nos marcó para siempre y nos consagró, hasta hoy, a la defensa y promoción de los derechos humanos.

IV. Para las víctimas o sus familiares, el Comité fue, en esos años de oscuro terror, el único lugar al que podían acudir para ser acogidos y contar sin temor sus desgarradoras historias.

Y ellas nos agradecían, y lo agradecen hasta hoy. Es conmovedor, es una gracia, cuando, transcurridos tantos años, un anciano o anciana nos detiene en la calle, porque nos reconoce, y nos vuelve a agradecer.

Esta relación con víctimas y familiares no cambiaba por los negativos resultados procesales (a octubre de 1974, de 2.500 recursos presentados, solo tres habían sido acogidos por los tribunales); al contrario, nuestro revés, compartido con ellos, cuando ya percibíamos la existencia de un plan de exterminio que conduciría a las desapariciones forzadas, nos hermanaba más en la lucha contra la dictadura cívico militar.

Allí fue donde se fraguó el concepto estratégico central de los abogados y las abogadas del Comité y de la Vicaría: puesto que desde un comienzo los tribunales ordinarios habían abdicado de sus atribuciones y los tribunales de guerra prejuzgaban y fallaban contra todo derecho,

estos “locos del Comité” que litigaban sabiéndose de antemano derrotados, persistieron en su locura, porque además de salvar vidas en algunos casos, especialmente en los consejos de guerra, la acción judicial importaba mucho a las personas como constancia de una denuncia oficial y, en nuestro caso, porque reparamos que el cúmulo de acciones y documentación, comenzaba a formar un acervo histórico de información fidedigna para el futuro, como quedó demostrado en los informes de las comisiones Rettig y Valech.

V. Desde un comienzo, el Comité sufrió la hostilidad de la dictadura. En mayo de 1974, fueron ataques de prensa, acusando de “traición a la Patria” a don Fernando Ariztía y Fernando Salas. A fines de 1975 comenzaron a practicarse detenciones de trabajadores del Comité. Recordamos las de Betty Walker, Francisco Ruiz, Jessica Ulloa y Georgina Ocaranza. Y las aprehensiones de los sacerdotes Patricio Gajardo y Daniel Panchot, seguidas de la expulsión de María de los Ángeles Marimón. Y en esos mismos meses, la violenta campaña contra el obispo luterano Helmut Frenz a quien se prohibió seguir viviendo en Chile.

En este ambiente, se ordenó la detención de nuestros abogados José Zalaquet y Marcos Duffau, quienes permanecieron meses en prisión para luego partir al exilio. El 11 de noviembre de 1975, Pinochet exige al Cardenal cerrar el Comité,

argumentando que “es un medio del cual se valen los marxistas-leninistas para crear problemas que alteran la tranquilidad ciudadana y la necesaria quietud”².

Pero, hay que decirlo, así como la creación y la vida del Comité, que estamos recordando, no habría sido posible sin la decisión pastoral histórica del cardenal Raúl, quien trabajaba en este edificio, sin el cardenal tampoco habría sido posible la continuidad histórica del Comité en la Vicaría de la Solidaridad, que mantuvo en su composición laboral el ecumenismo, como que nuestro compañero mártir, José Manuel Parada, fue un no creyente que dio elevadas lecciones morales a los creyentes.

En esa época, nosotros no conocíamos tanto a don Raúl y, hay que decirlo, muchos no confiábamos totalmente en él. Por ello, cuando se anunció el cierre del Comité vivimos días de incertidumbre.

Y en verdad, no lo conocíamos. Porque efectivamente, muy pocos días después de ese episodio de incertidumbre, nos dimos cuenta de que, además de valiente, Raúl Silva Henríquez era un hombre inteligente y sagaz. Enfrentado a Pinochet, junto con responderle que “la Iglesia no abandonaría su deber de cautelar los derechos humanos”, en magistral medida estratégica, creaba aquella Vicaría. Y nosotros, los muchachos desconfiados e inseguros, continuamos trabajando en ella.

² Cavallo, Ascanio ed., Tomo III, p.74.

¡Qué manera providencial de seguir la sentencia del Evangelio que nos pide que seamos no solo “buenos como las palomas”, sino también “astutos como las serpientes” (Mateo 10.16)

VI. MENSAJE A NUEVA GENERACION

Quiero terminar estas palabras, dirigiéndome a los jóvenes aquí presentes. Cuando nosotros ingresamos al Comité, éramos jóvenes como ustedes. No teníamos idea de derechos humanos, porque nunca habíamos escuchado hablar de ellos en nuestras universidades, pero algunos ya habíamos sufrido en carne propia la privación de algunos de esos derechos: expulsión de la universidad, prisión, tortura. No puedo negar que nos asaltaba el temor cuando en las tardes salíamos desde el Comité hacia nuestras casas. Sin embargo, hubo dos factores que dieron sentido a nuestras vidas y nos permitieron sobrellevar ese temor: en primer lugar, la convicción en lo que hacíamos profesionalmente, como algo que valía la pena hacer; y en segundo término, el compartir nuestro compromiso en una comunidad de personas con ideales nobles.

Hoy las circunstancias son del todo diferentes: los derechos humanos se han impuesto si no totalmente, al menos como un consenso de los demócratas, y los desafíos mayores tienen que ver, a mi juicio, con esa cultura individualista y materialista que se expande y puede corroer lo que el cardenal llamaba “el alma de Chile”.

Ustedes pueden ayudar a evitar esta propagación nociva si se proponen ser solidarios con quienes sufren la pobreza, la injusticia o cualquier discriminación arbitraria, y si lo hacen agrupándose en equipos que ponen en común esos principios de solidaridad. No me cabe duda de que eso les dará más satisfacciones que las que les propone la cultura imperante.

JAIME ESPONDA FEERNANDEZ.